la fria respuesta del austriaco, habian empuñado las armas, pidiendo las pagas ó el asalto. En vano pretendió el conde de Mega calmar el enojo de sus soldados, representándoles que incurririan en la indignacion del general; no quisieron dejar las armas, y el conde participó á D. Juan lo que acababa de suceder.

—¿Y las demás compañías alemanas qué hacen? preguntó el austriaco á Barlemont, informándose de los sucesos con una calma inalterable.

—Callan, señor, repuso el conde, no queriendo dar malas nuevas.

—¿Pero simpatizan con sus compañeros? preguntó de nuevo el austriaco.

—No pueden prescindir de ser compatriotas, dijo Barlemont.

—Bien, conde. Poneos al frente de las compañías no sublevadas, y sacadlas del campo, llevándolas camino de Bruselas, por donde pueden atacarnos los enemigos y ponernos en grave aprieto, ya que no en completa derrota.

—¿Los enemigos pueden atacarnos? preguntó Lanceloto alarmado.

—Decidlo así á los alemanes, y podeis estar descuidado, porque no vendrán los enemigos, á lo menos en algunas horas.

—Comprendo, señor, y ejecutaré vuestras órdenes.

Se dirijió el conde de Mega al cuartel de los alemanes; participó á las compañías subordinadas el peligro que amenazaba á todo el ejército, mandándoles tomar las armas y aprestarse para ocupar el punto designado por el general de la hueste. Obedecieron las compañías, y con el maestre de campo al frente, emprendieron su marcha, algo inquietos por la suerte de sus compañeros sublevados. El austriaco vió desfilar desde la puerta de su tienda la coronelía de alemanes, y dos horas despues mandó que tomara las armas la hueste. Montó á caballo acompañado de los principales capitanes; comunicó precisas órdenes á todos los inmediatos gefes; el ejército rodeó á las compañías sublevadas, y metiéndose el príncipe entre ellas:

—Soldados, dijo, empuñais las armas sin haber recibido órden mia para empuñarlas; y, lo que es peor, habeis proferido palabras contrarias á la disciplina y pundonor de un militar: deponed las armas, soldados, y denunciad á los traidores que os han impulsado á delinquir. Deponedlas, que yo lo mando, y puedo hacerme obedecer.

Los alemanes guardaron silencio y dejaron al punto las armas.

—¿Quiénes han sido los promovedores del motin? preguntó el austriaco.

Los alemanes fueron pronunciando varios nombres, y separando de las filas hasta cuarenta criminales: el príncipe mandó quintarlos, y pareciéndole mucho ocho víctimas, procedió á un segundo sorteo, para que cuatro solamente apagaran con su sangre el fuego de la rebelion. Iba á ejecutarse la sentencia; el príncipe, que siempre miraba á los soldados como hijos, quiso economizar la sangre aún; y procedió á tercer sorteo, quedando dos víctimas no mas. Una de ellas, de alta estatura y miembros robustos, contaba diez lustros cumplidos y peinaba una barba como la nieve; el otro rayaba en veinte y cinco años, y no presentaba el valor de un guerrero que va á la muerte.

—Señor, dijo el anciano al príncipe, antes de morir desearia que me otorgara V. A. un favor, que no merezco ciertamente.

—Habla, respondió D. Juan, procurando reconocerlo.

—Antes de morir desearia besar vuestra mano, señor.

D. Juan presentó su diestra al soldado, que la besó vertiendo lágrimas, como si fuera á despedirse de un hijo amado ó de un especial bienhechor.

—Ya muero gustoso, dijo entonces el veterano, y se retiró algunos pasos.

—Dime, anciano, preguntó el príncipe, ¿por qué has deseado besar mi mano antes de morir? Esta peticion debe encerrar algun misterio.

—Voy á esplicarlo á V. A. He sido soldado de vuestro padre, y besé su mano en Maguncia el primer dia que vestí la cota; justo es que la bese á su hijo cuando voy á despojarme de ella para no vestirla jamás, repuso el veterano con voz firme y sereno rostro.

—Cuéntame tu historia, soldado, le dijo el austriaco.

—Mi historia tiene muy pocos incidentes. Entré á servir al emperador, y no me apartaron de su hueste ni estranjeros ni protestantes; serví despues al rey de España, y he seguido siempre sus banderas. Me he hallado en el sitio de Mezt y en la batalla de San Quintin; en un millon de escaramuzas y en un centenar de combates jamás he vuelto las espaldas. He conservado siempre el puesto que me han confiado, y V. A. quizás recuerde una aciaga noche....

—¿Qué noche? preguntó D. Juan enternecido con las palabras del soldado.

—La noche del 18 de Mayo anterior. ¿No la recuerda V. A?

—La recuerdo, replicó D. Juan con acento triste y solemne.

—Un mosquetero de la guardia de V. A. cerró el paso á Guillermo Matren, que pretendia...

—Entrar en el consistorio de Bruselas, interrumpió el príncipe.

—Ecsactamente, dijo el veterano, aplaudiendo la buena memoria del austriaco.

—¿Y ese mosquetero?.... preguntó D. Juan con interés.

—Fuí yo, repuso el veterano, llevando la diestra á su chambergo.

—¡Has sido un valiente soldado! esclamó el príncipe.

—Tengo una gran hoja de servicios que quiero enseñar á V. A.

El veterano se quitó el coleto, la ropilla, y, descubriendo su ancho pecho, presentó á D. Juan un gran número de cicatrices, diciéndole con noble orgullo:

—Todas en el pecho, señor, porque nunca he vuelto la espalda.

—¿Y es posible que un hombre tan valiente promueva motines? le preguntó el austriaco conmovido.

—Señor, me han acusado y debo morir; pero sabe Dios que soy inocente: un hombre que lleva treinta y cinco años de servicio, ni promueve disturbios ni miente.

—¡Inocente! murmuró con lánguida voz su compañero: yo le acusé para salvarme; pero ante Dios y ante los hombres testificaré su inocencia.

—Perdonadle, señor, perdonadle! gritaron mil voces. El príncipe condescendió, lleno de júbilo, y la sangre de un solo hombre sirvió de escarmiento á los demas.

Dos horas despues el conde de Mega volvió al campo con sus soldados, que encontraron la sedicion muerta, personificada en un cadáver.

Al dia siguiente Justo Villers presentó al austriaco las llaves en una bandeja de plata, y el estandarte de D. Juan tremoló sobre las torres de Nivela.

CAPITULO IX.

EL PRESTAMO Y LA DESCONFIANZA.

Tomada Nivela, se entregaron varias ciudades del Hainault, esperando mas de la clemencia de un generoso vencedor que de la firmeza de sus muros. Boné, pequeña y deliciosa villa, delicia algunos años antes de la gobernadora, reina de Hungría, y objeto despues de los furores de Enrique II, pues se cuenta que queriendo vengar este monarca el destrozo que la reina María habia hecho en su hermosa quinta de Florembreci, dejó grabadas en una piedra estas rencorosas palabras: *Reina loca, acuérdate de Florembreci*, se entregó sin hacer resistencia: imitándola Malbodio, Bruela, Bellemont, Soigniac, Barlemont y otros muchos lugares, que temiendo unos las fuerzas de las armas, no queriendo otros llevar la nota de rebeldes al soberano, y desconfiando todos de Orange, cuyas doctrinas religiosas le enagenaban las voluntades de los católicos romanos, creyeron mas útil ponerse bajo la proteccion de un príncipe noble, victorioso y prudente, que someterse á las órdenes arbitrarias de un gobierno sin moralidad y sin fuerza: dividido en parcialidades distintas y enemigas encarnizadas; juguete de estrañas influencias; recientemente derrotado en las inmediaciones de Gemblours, y despojado en pocos dias de varias plazas importantes, muchas de las cuales podian haber opuesto una obstinada resistencia.

Cimay, capital del principado de este nombre, perteneciente al duque de Ariscot, confiada en una guarnicion numerosa y en la fortaleza de su castillo, desechó altiva todo trato; pero entrada por fin á escala vista, su castillo capituló, y todas las fuerzas del ejército marcharon con el entusiasmo del triunfo á sentar los reales á vista de Philipeville, deseando ceñir nuevas coronas.

Philipeville, ciudad fundada en 1555, aunque moderna, se distinguia de todas las demas del Hainault por su hermosura y fortaleza. Situada en medio de una estensa llanura, ocupaba sin embargo la cumbre de una pintoresca colina, formando cinco baluartes, ceñida de altos y espesos muros, y cercada de profundo foso. Mandaba en ella Florineu, hombre templado y valeroso, afecto al rey, pero al mismo tiempo dispuesto á defender una ciudad que habian confiado á su custodia, ya fuera por impulso propio ó ya porque los capitanes de los mil y quinientos hombres que bajo sus órdenes tenia, abundasen en esta opinion, y no se atreviera á oponerse á la voluntad de personas, que podian imponer la ley, si pasaban de las razones á la ruda via de los hechos.

Intimó el príncipe D. Juan la rendicion á Florineu, y éste le respondió escusándose, aunque con corteses razones. El gobernador general mandó, en vista de esta respuesta, que se formalizara el sitio, disponiendo los varios cuarteles en derredor de la ciudad. Deseaba el austriaco no perder tiempo, y para lograrlo, mandó que al dia siguiente muy temprano se aplicara la azada al muro, queriendo realizar un proverbio de la milicia, que dice: *Pala y azadon hunden y levantan castillos;* proverbio antiguo y que mas de una vez han autorizado los valientes tercios de Castilla.

Celebrado el consejo de guerra, quedaron en la humilde tienda del príncipe Alejandro Farnesio, Gonzaga el conde de Mansfeld y los mas íntimos consejeros de D. Juan. Decidido lo tocante á la guerra, pensaban ocupar las horas en conversaciones agradables, y empezaron por referir los varios triunfos que habian conseguido hasta entonces; felicitándose mútuamente los capitanes que habian acaudillado las huestes, y dando todos la mayor gloria al general, que tan sabiamente habia dispuesto las distintas operaciones. El austriaco oia indiferente estas sinceras manifestaciones de afecto; y mientras los ojos de Farnesio, Gonzaga y Mansfeld estaban radiantes de entusiasmo, los del príncipe, apagados y mustios, ya se levantaban al cielo con una espresion dolorosa, ya se fijaban en la tierra melancólicos y resignados. Penetrantes espinas herian aquel corazon tan altivo, y solo Dios podia calcular la inmensidad de sus dolores.

—Veo, señor, le dijo Alejandro, que en vez de levantar la frente, ornada con el laurel de cien victorias, la inclinais al suelo sombría, como pudiera hacerlo Orange, el archiduque y aun el desgraciado Goigni; y sabe Dios que no logro adivinar la causa de tan mortal abatimiento.

—¡Cien victorias! repitió el príncipe en voz alta, murmurando despues para sí. ¿De qué sirven las cien victorias. Cada dia tengo que ahogar una insurreccion de soldados que piden sus sueldos con justicia; cada dia tengo que oponerme al espolio de una ciudad. Compro algunas victorias con sangre; no puedo reponer mis pérdidas, y si sufro un solo

reves, tendré antes que ocultar mi vergüenza en la ciudadela de Namur que ver deshojarse mi corona.

Quiere Farnesio que humillen sus frentes Orange, Goigni y el archiduque; ¿por qué han de humillarlas? Les he derrotado un ejército y reunen cuatro á toda prisa en Inglaterra, Francia Alemania y los Paises Bajos: pronto, muy pronto tendré que estar á la defensiva, y si quisiera Felipe II, cuando llegaran esos ejércitos no encontrarian una ciudad á que acojerse, y cada llanura les presentaria un campo de batalla. Felipe II, no te basta llevar tu corona de diamantes, y te hace sombra mi pobre corona de laurel! ¡No tienes bastante con tu cetro y quieres mi espada! ¡Si mi padre te dejó sus reinos y cabeza, por qué te ofende que me dejara su corazon!

El príncipe cruzó las manos sobre el pecho acongojado y abatido, y Farnesio que solo habia oido sus primeras palabras, repitió:

—¡Señor, cien victorias! pretendiendo así reanimarlo.

—Tienes razon, príncipe de Parma, hemos alcanzado cien victorias y marchamos con próspero Marte en pos de cien triunfos y otros cien. Un ejército vencedor todo lo allana en su carrera; ha deshecho muros á su paso, y mañana verémos por tierra las torres de Philipeville. ¡Qué hermoso es vencer, Alejandro!

—Ahora hablais como quien sois, señor, dijo Octavio con alegría.

—¿Qué quieres, Gonzaga? Participo en algunos momentos del entusiasmo que os anima; pero en otros la enfermedad me quita el aliento y soy poco mas que un cadáver.

—¿Os sentís tan malo, señor? preguntó el príncipe de Parma.

—Sí, Alejandro. Siento á veces una debilidad grandísima, que casi me quita toda accion, y á veces un fuego interior que me abrasa, como la túnica del Centauro al semidios de los prodigios. Ahora mismo, príncipe de Parma, ahora mismo siento ese ardor y tengo una sed que no apagaria el rico caudal del Danuvio, dijo Don Juan penosamente, llevándose las manos al pecho y respirando con angustia.

Todos sus amigos le miraban y tenian que hacer grandes esfuerzos para ocultarle su afliccion; tan persuadidos estaban todos de que el general no ecsajeraba.

—Tranquilizaos, señor, dijo Farnesio aprocsimándose á su tio.

—Escucha, Alejandro, repuso Don Juan con voz solemne: la víspera de la batalla de Gemblours confesé é hice testamento como puede hacerlo un moribundo, y sin embargo estaba seguro de triunfar. ¿No veis en esto algo fatídico?

Todos se miraron á la vez con indefinible terror, y el príncipe prosiguió:

—Vencimos, pero desde aquel dia esperimento un indecible malestar.

—Las fatigas de la campaña, repuso el conde de Mansfeld, habrán debilitado á V. A.; pero reposando algunos dias cobrará de nuevo su vigor, y seguirá siendo, como hasta hoy, buen general y buen soldado.

—Conde de Mansfeld, esta campaña es un liviano pasatiempo, comparado con la guerra de los moriscos, y sin embargo, en las Alpujarras estaba fuerte, á pesar de duras fatigas, y en Flandes tengo muchos dias de languidez y de sopor. ¿Será, conde, que los calvinistas usen armas reprobadas entre los árabes? ¿Será, conde, que son mas caballeros los sectarios del falso profeta que los amigos del príncipe de Orange?

—Estas palabras de doble sentido, produjeron una sensacion general, y á la imaginacion de Octavio vino de improviso una idea, que le confirmó en sus temores, llevando la muerte á su generoso corazon.

El silencio de la asamblea fué interrumpido por la voz del paje Gonzalo, que dirijiéndose á D. Juan dijo con mal encubierto alborozo y sin cuidarse de la noble y numerosa concurrencia:

—Señor, acaba de llegar Enrique, lo que participo á V. A.

El abatido rostro del príncipe se reanimó á la voz del paje, como se reanima la flor azotada por la lluvia á los primeros rayos del sol, y preguntó lleno de júbilo:

—En dónde está Enrique? ¿Cuándo ha llegado al campamento?

—En la puerta está, repuso Gonzalo, participando del júbilo de su señor.

—Introdúcelo al punto, Gonzalo, añadió el príncipe D. Juan, no tratando de disimular la alegría que le causaba su presencia.

Todos ansiaban conocer al misterioso personaje, pero su impaciencia no fué larga; porque volvió á pocos momentos Gonzalo, acompañado del hermoso jóven á quien acababa de anunciar.

Desconocido el jóven Enrique para casi todos los personajes que rodeaban al gobernador general, llamó la atencion por su belleza, y dió lugar á diferentes comentarios; pero su presencia confirmó todas las sospechas de Gonzaga, que con una mirada de fuego pretendió reducir á cenizas á Enrique, paje, segun él, y *Aventurero*.

—Señores, dijo D. Juan de Austria, despues de dirijir á Enrique una mirada cariñosa, tengo que hablar con este jóven, y os suplico encarecidamente que tengais la bondad de dejarnos.

Alejandro se levantó el primero, todos los demas le imitaron, y saludando respetuosamente, se encaminaron á la puerta: salieron todos, mas Octavio permaneció fijo en el umbral no atreviéndose á dejar al príncipe sin comunicarle sus sospechas.

—¿Qué quieres, Gonzaga? preguntó Don Juan estrañando aquella detencion, y contrariado terriblemente porque tanto la prolongaba.

—Quisiera hablar á V. A., repuso Octavio con respeto.

—En este momento es imposible, dijo el príncipe con frialdad.

—Y sin embargo.....murmuró Gonzaga insistiendo.

—Adios, Gonzaga, replicó D. Juan, con acento que pronta obediencia ecsijia.

—Pero, señor...volvió á murmurar el intrépido maestre de campo.

—No tengo momentos que perder, dijo el austriaco con dureza.

—Es negocio de tal importancia...repuso Gonzaga tenazmente.

—Te avisaré cuando concluya: ahora necesito estar solo.

Se inclinó Octavio con respeto, y lanzando una mirada rencorosa á Enrique, salió de la tienda en el momento; el príncipe cojió la mano de María y senténdola sobre unos almohadones,

—Hermosa, la dijo, cuán largo me ha parecido tu viaje.

—Y á mí tambien, repuso María, estrechando la mano del príncipe, y deslizando sus torneados dedos para percibir las pulsaciones de D. Juan; á mí tambien me ha parecido largo, muy largo.

—¡Cuánto deseaba que volviérais! esclamó D. Juan con ternura.

—Yo tambien lo deseaba mucho, repuso María tristemente.

—¡En tu ausencia he padecido tanto! volvió á esclamar el noble amante.

—¿Has estado enfermo? preguntó María estremeciéndose.

—Sí, María, he padecido durante tu ausencia muchísimo.

Una palidez mortal cubrió el dulce rostro de la jóven, y preguntó con tanta ansiedad, que el príncipe casi tomó parte en su angustia.

—¿Has tenido fiebre? Respóndeme. ¿Has tenido fiebre, D. Juan?

—Los médicos dicen que no, dijo el príncipe, como dudando de la pericia de los médicos.

María respiró, y continuó preguntándole siempre con un vivo interés.

—¿Qué has tenido, príncipe, qué has tenido durante mi ausencia?

—No puedo esplicarte, María, pero si doy crédito á mis tristes inspiraciones, un mortal tósigo va discurriendo por mis venas y corroyendo mis entrañas. Creo, María, que estoy envenenado.

Estas palabras produjeron en la hermosa jóven una impresion estraordinaria: abundantes lágrimas corrian por sus mejillas inflamadas, chocando sus dientes en horrorosa convulsion, y arrancándose de tropel hondos suspiros de su pecho.

—¿Qué tienes, María? preguntó el príncipe con amor.

—Me han aterrado tus palabras, murmuró la jóven tristemente.

—¿Cuando muera, es verdad, María, que cerrarás mis cansados ojos? ¿Es verdad que mi último suspiro irá á perderse entre tus lábios?

—¡Príncipe! murmuró María con el acento del terror.

—No hablemos mas de esto, que te atormento á mi pesar.

—No hablemos mas, príncipe. Mi padre está á la puerta y desea verte. ¿Quiéres mandar que lo conduzcan á tu presencia?

—¡Gonzalo! gritó al punto D. Juan de Austria.

—¿Qué mandais, señor? dijo el paje presentándose en el umbral.

—Introduce á maese Cornelio Estraten, dijo el austriaco.

María dejó la mano del príncipe que habia tenido asida hasta entonces, y se levantó de su asiento; D. Juan se levantó tambien, y á pocos momentos entró el armero conduciendo un cofrecillo, que debia ser de mucho peso, cuando ponia á prueba las fuerzas de uno de los mas formidables atletas del Brabante. El armero se descubrió en presencia del príncipe, dejó el cofre sobre una mesa de nogal, y se retiró algunos pasos.

—Tengo un placer, maesse Cornelio, dijo D. Juan, recibiéndoos en mi pobre tienda. Acercaos, y tomad asiento.

—Señor, tartamudeó maese Estraten, sin adelantar un solo paso; recibo un honor de V. A., que no hubiera esperado nunca.

—Sentaos, maese Cornelio, sentaos, añadió el príncipe con bondad.

—En presencia de V. A. debo permanecer de pié, repuso el armero.

—No, maese Cornelio, aquí estais con un buen amigo.

Y cojiendo al armero de la mano le presentó cómodo asiento. Maese Estraten, que tantas veces habia perorado en Bruselas contra la dominacion española en general, y particularmente contra el gobernador general; maesse Estraten que en su calidad de regidor habia contribuido á los repetidos desaires que habian hecho á D. Juan de Austria, y que habia conspirado mas de una vez contra su libertad y persona, se encontraba sobrecojido por ese respeto que inspira un nacimiento ilustre, particularmente si va unido á un nombre glorioso que deslumbra con su esplendor. Ademas del respeto, otra causa contribuia poderosamente al embarazo del armero. A pesar de las esplicaciones de María, no comprendia maesse Estraten aquel amor todo abnegacion, todo entusiasmo, todo pureza al mismo tiempo. Tenia, es verdad, entera confianza en su hija, y habia ido formando una alta idea del hermano de Felipe II; pero no sabia qué papel debia hacer un padre ante el amante de su hija, cuando este amante era hijo de un emperador y hermano de un poderoso rey. D. Juan contemplaba al armero, y María comprendia muy bien todo el embarazo de su padre. Viendo que prolongar la escena era atormentar al armero, cojió la mano de su padre y le dijo con dulce acento:

—Padre mio: el príncipe no sabe el motivo de vuestra venida, y es muy justo que se lo espliqueis ya, señor. No vacileis.

—Habladme con toda confianza, añadió Don Juan, no sospechando, ni remotamente siquiera, el motivo de aquella visita.

Maesse Cornelio no respondió; pero acercándose á la mesa, sacó una llavecita del bolsillo, abrió el

cofre y se lo presentó á Don Juan. El príncipe retrocedió á su vez: el cofre estaba lleno de oro.

—¿Qué tesoro es este, maesse Cornelio? preguntó por fin el austriaco.

—Ruego á V. A. que tenga la dignacion de responderme.

—Hablad, hablad, maesse Cornelio, dijo el príncipe sobrecojido.

—Se dice de público, señor, que S. M. el rey de España no envia á V. A. todo el dinero necesario para mantener sus ejércitos.

—Es verdad, repuso Don Juan con imponderable amargura.

—Tambien se dice que V. A. prestó á los Estados generales cien mil florines, de propio peculio; que los Estados dilataron satisfacerlos, y que ahora se niegan á su pago, bajo los mas sutiles pretestos, dijo el armero de Bruselas con mas desenfado.

—Es verdad, respondió el austriaco con espresion menos amarga.

—Cuentan que las tropas del rey piden el saqueo de las ciudades, para reintegrarse de los sueldos que se las adeudan.

—Es cierto, murmuró el príncipe, sintiendo la insubordinacion de la hueste.

—Y añaden, que V. A., colocado en tan crítica situacion, padece enfermedades y sufre continuamente mil disgustos.

—No me faltan enfermedades ni disgustos: los unos laceran mi alma; los otros van debilitando mi cuerpo. Es la verdad.

—Tomad ejemplo de mí, señor: cuento cincuenta años cumplidos, y sin embargo, estoy tan fuerte como el acero que recibia forma á los golpes de mi martillo, repuso Cornelio Estraten.

—Yo tambien he sido de acero, y sin embargo, ahora me doblo como una espada de mal temple, dijo el austriaco sonriyendo.

El armero meció la cabeza en señal de profundo disgusto; pero á una mirada de su hija prosiguió cada vez con mas desenfado.

—Os deben los Estados cien mil florines, y yo os los presentó en su nombre.

El austriaco miró á maesse Cornelio con singular admiracion, como dudando de lo que acababa de decirle, y preguntó despues:

—Maesse Cornelio, ¿habeis recibido de los Estados generales esa cantidad que me ofreceis? ¿esos florines han salido del tesoro de las provincias?

El armero no estaba prevenido para una pregunta que parecia muy natural, y dirijió una mirada á su hija, como preguntándola la respuesta. Don Juan sorprendió esta mirada, y preguntó de nuevo:

—Maesse Estraten, ¿jurais por la religion que profesamos, que habeis recibido ese oro de los Estados generales? Respondedme sin vacilar.

Maesse Cornelio tartamudeó algunas palabras ininteligibles, y el príncipe continuó, comprendiendo perfectamente el piadoso fraude del armero:

—Cerrad ese cofre, maesse Estraten, y conservad vuestro tesoro: si el rey no me manda recursos, perderé lo que he conquistado; y si los soldados piden el saqueo de alguna ciudad que se rinda, les entregaré mi cabeza para que la pongan á precio, y defenderé la ciudad.

—Príncipe, dijo entonces María, adelantándose hasta la mesa, y poniendo su delicada mano sobre el cofrecillo: ese oro es mio, y yo os lo presento: ¿os atreveréis á rehusarlo? Y al pronunciar estas palabras tenia la jóven el noble ademan de una reina.

—No puedo aceptarlo, señora, repuso el príncipe friamente.

—¿Por qué, príncipe? preguntó María con su imponente majestad.

—Ni vos, maesse Cornelio, podeis ofrecérmelo, añadió el austriaco, dirijiéndose al padre y sin responder á su hija.

—¿Por qué? preguntó el armero, sintiendo mucho entrar de nuevo en discusion.

—Porque ese oro serviria para combatir á vuestros hermanos.

—Teneis razon, dijo el armero, poniendo la mano sobre el cofre por un movimiento maquinal, y sintiendo que la sangre flamenca empezaba á recobrar su imperio.

—No tiene razon, dijo María, levantando la mano de su padre. En un momento de locura gasté en favor de los Estados cien mil florines: poniendo igual suma á vuestra disposicion, conservo rigorosa neutralidad. Príncipe, aceptad ese oro, si estimais en algo mi amor.

—María tiene razon, repuso el armero retrocediendo algunos pasos.

—Y aun hay mas, príncipe; yo os debo una suma inmensa.

—¿Vos me debeis? preguntó el príncipe admirado.

—Os debo la vida de mi padre, que con esposicion de la vuestra, salvasteis en la iglesia de Kouvemberg. Si lo ha olvidado el bienhechor, no lo ha olvidado la que recibió el beneficio.

—¿Y queréis pagarme con oro un pequeño favor, que antes me habiais satisfecho con usura? Soy hijo de un emperador, y con oro apenas se paga á un mercader judío.

—No pretendo, príncipe, pagaros un favor que no tiene precio, ni se recompensa con oro á una persona como vos; os ofrezco un medio solamente de disminuir vuestros disgustos. Aunque habeis triunfado cien veces, os encontrais sediento de gloria, porque la gloria nunca sacia, y para vos seria la muerte perder una de las ciudades que habeis conquistado en pocos dias. Decidme, príncipe, ¿un general que ve comprometido su ejército por falta de recursos no toma prestado?

—Sí, María, respondió el austriaco, ecsaminando la noble espresion de su amada.

—Pues yo os ofrezco....yo no, mi padre os presta cien mil florines. ¿Los aceptais? preguntó María de una manera que no permitia la repulsa.

—Maesse Cornelio, ¿me ofreceis un préstamo de cien mil florines?

—Os ruego, señor, que lo acepteis, replicó el armero con júbilo.

—Fijad un plazo para el reintegro, repuso el príncipe.

—Cien años, dijo entonces maesse Estraten con la mayor formalidad.

—Bizarro estais, maesse Cornelio. No puedo admitir ese plazo.

—Fijadlo vos, dijo María, dirijiéndose á D. Juan de Austria.

—Seis meses; ni dia mas, ni dia menos, repuso el austriaco.

—Me parece muy corto, señor, observó la hermosa María.

—No puedo alargarlo, señora, replicó D. Juan seriamente.

—Aceptado, dijo maesse Estraten, queriendo cortar la discusion.

—¿Queréis mi firma? preguntó el austriaco á Estraten.

—Con vuestra palabra me basta, repuso el generoso armero.

—Es suficiente garantía, añadió D. Juan, que sabia todo el valor de su palabra.

María tendió su mano al príncipe, y dijo con voz conmovida:

—Es la media noche, D. Juan, y necesitais tomar descanso.

—¿Cuándo os volveré á ver? preguntó el príncipe, que apenas habia hablado de amor despues de una ausencia tan larga.

—Mañana, repuso la jóven, bañando á su amante en una mirada de inmensa ternura y de profunda compasion.

El armero se despidió tambien del príncipe, y éste los acompañó hasta la puerta, queriendo dilatar así el momento de separarse de una mujer á quien amaba.

Apenas habia cerrado D. Juan el cofre, cuando se presentó Octavio Gonzaga que, deseoso de hablar al príncipe, habia permanecido á la puerta, hasta que se retiró María con el generoso y franco armero.

—¿Qué quieres, Gonzaga? le preguntó el príncipe viéndole entrar tan de repente, y con una espresion sombría y horriblemente aterradora.

—Desearia hablar á V. A., replicó Octavio brevemente.

—Empieza, Octavio, dijo el príncipe con afectuosa tranquilidad.

—¿Sabe V. A. á quién ha recibido? ¿Sabe V. A. á quién ha hablado?

—Sí, repuso el austriaco sonriyéndose, porque se creia mas enterado, y con razon, que su valiente y leal amigo.

—Quizás no: quizás no sabeis quien ha salido de esta tienda.

—¿A quién he recibido, Octavio? añadió el príncipe con la misma jovialidad.

—Al *Aventurero*, replicó Gonzaga, creyendo sorprender al austriaco.

—Al *Aventurero* y al paje, que me sirvió con tanto esmero en el banquete de los señores concejales de Bruselas. ¿No es verdad?

—El *Aventurero* y el paje son, señor, una misma persona.

—Ecsactamente. Lo sé por su propia confesion, Gonzaga.

—¿Y no sospecha V. A....? preguntó Octavio con zozobra.

—¿Por qué he de sospechar, Gonzaga? interrumpió el príncipe friamente.

—El *Aventurero* ha sido, señor, vuestro mas fatal enemigo.

—Lo sé, y no ha tenido inconveniente en confesármelo, especificando los motivos de su conducta, motivos que me han producido una grande satisfaccion.

—Y su venida al campamento dá justo motivo de sospecha.

—Su venida, Octavio Gonzaga, no me causa el menor recelo.

—V. A., honrado y valiente, jamás desconfia de los demas.

—Y en esta ocasion, por lo menos, puedo esplicar satisfactoriamente la venida del formidable *Aventurero*, á quien aprecio, amigo mio.

—Mucho temo....murmuró Gonzaga, no participando de la confianza que manifestaba el austriaco.

—No temas, Octavio, y aquí tienes la mejor prueba.

El príncipe se acercó á la mesa, abrió el cofre, y presentó el oro á su amigo. A su vista retrocedió Gonzaga, y los dos quedaron en silencio; el uno mirando el tesoro, y el otro observando la impresion que sobre Gonzaga producia.

—¿Sospechas ahora? preguntó el príncipe D. Juan.

—Mas que nunca, repuso Octavio, frunciendo las cejas con enojo.

—Desconfiado eres, ¡vive Dios! esclamó D. Juan alegremente.

—¿Qué suma hay ahí? preguntó el maestre de campo general.

—Cien mil florines, dijo el príncipe, cojiendo algunos con la mano.

—Mucho oro es, señor, mucho oro; pero bien pueden desprenderse de él para consumar una venganza.

—¡Octavio! esclamó el austriaco alarmado con la observacion de Gonzaga.

—No temo las espadas de los partidarios de Orange, pero me amedrentan sus tósigos, repuso Octavio con solemne acento y ademan.

A estas palabras imprudentes, sintió el príncipe un estraordinario escalofrio, y respondió con amargura:

—¡Los venenos de los calvinistas! ¡sí, Octavio! ¡Los venenos de los orangistas! Esto que siento en mis venas, este fuego que abrasa mis entrañas, esta debilidad repentina.... Yo no sé que pensar; no lo sé.

—Señor, precaveos de sus asechanzas; pero no temais hasta ahora. Vuestra enfermedad no puede ser el veneno de los orangistas, porque sus tósigos quitaran la vida con la celeridad del rayo, como lo vimos en la iglesia de Santa Gudula.

—Mi enfermedad, Octavio Gonzaga, es de muer-

te. El veneno de los orangistas puede ser tambien lento y seguro como la justicia de Dios.

Habia en las palabras del príncipe una mezcla de desesperacion y de amargura, que hirió cruelmente el corazon del leal Octavio. Sentia éste haber proferido palabras que, avivando las sospechas del gobernador, dieran pábulo á sus temores, y sin embargo, crecian los suyos á cada palabra de D. Juan, hasta punto tal, que creia ver en los párpados del austriaco esas tintas azules que suelen poner en ellos el veneno.

—Mira, Octavio, prosiguió el príncipe: este oro es un préstamo que debo pagar el 3 de Octubre: pensaba aprovecharme de él para el pago de los soldados, pero si es el precio de mi vida, no debo santificar yo mismo un crímen, no debo tocar á ese oro. Guárdalo, Gonzaga, y si he muerto el dia 3 de Octubre, lo devolverás en mi nombre al prestamista. Acuérdate bien; el 3 de Octubre debes entregar este oro.

—Señor.....murmuró, vertiendo lágrimas, el maestre de campo general.

—Octavio, es el principio de mi testamento y te nombro por mi albacea.

El conde de Mega se presentó azorado y trémulo y dijo al príncipe:

—Señor, una nueva sublevacion tiene lugar en el cuartel de los alemanes: sublevacion mas imponente y general que la que V. A. ahogó ante los muros de Nivela.

—¿Qué piden? repuso el austriaco, echando una mirada espresiva al cofre de maesse Estraten.

—Las pagas que se les adeudan ó el saqueo de Philipeville.

—Codiciosos son, ¡vive Dios! Aun no hemos atacado la plaza, y ya me piden sus despojos. Saqueando todas las ciudades, ¿de qué servirán mis conquistas? Seria un gobernador de escombros, y mi nombre se veria escrito en el negro polvo de las ruinas. ¿Se han sublevado todos?

—Todos; menos uno que ha estado á punto de morir oponiéndose á la sedicion.

—¿Quién es ese uno? preguntó el príncipe con estraordinario interés.

—El veterano, á quien perdonó V. A. la vida en el campamento de Nivela.

—Hombre leal. ¿Haberse sublevado todos? ¿Por qué mi hueste no se compone de españoles, que lidian, mueren y jamás despliegan sus labios? Infames, siempre se sublevan á presencia del enemigo. Unen á la traicion la cobardía.

El príncipe dirijió otra mirada al cofre, vaciló un instante y añadió:

—Ahí teneis oro, conde de Mega, satisfaced hasta el último florin á los soldados alemanes; pero que no se llamen nunca soldados de Don Juan de Austria.

—Voy á participarles, señor, que mañana recibirán todos sus atrasos.

—No, ahora mismo. ¿Qué se les debe? preguntó el austriaco impaciente.

—Veinte mil florines, repuso Lanceloto Barlemont.

D. Juan derramó al punto sobre la mesa una gran parte de los florines, que el cofrecillo contenia, y dijo al conde con frialdad:

—Llevaos ese oro al cuartel de los alemanes, y repartídselo al momento.

El conde salió, y volvió á entrar con el veterano, que le habia acompañado hasta la puerta. Este se arrodilló ante el príncipe y pidió besarle la mano. Despues de haberlo conseguido, fué depositando en su celada el oro que el príncipe habia echado sobre la mesa, y salió acompañando al conde.

—Octavio, prosiguió D. Juan, mañana quiero satisfacer todos los atrasos del ejército: no ha de quedar un solo soldado ni capitan á quien debamos un florin.

—¿Os decidís por fin, señor, á gastar ese oro? repuso Gonzaga.

—Me decido: y si alguna vez Felipe II duda en tu presencia de mi lealtad, respóndele: que he mantenido sus soldados con el precio de mi sangre, que he tomado á un tiempo oro y veneno; el primero para defender sus derechos, el segundo para librarlo de su pesadilla.

—¿Cómo repondréis ese oro para el 3 de Octubre, señor?

El príncipe meditó un instante y repuso con tranquilidad:

—El primer oro que venga de España, llenará este cofre, amigo mio, é irá á parar á tu poder. Así cumpliré mi palabra, despues de haber hecho un inestimable favor al rey de España y de sus Indias.

Gonzaga inclinó la cabeza y se dispuso á retirarse; D. Juan le detuvo diciéndole con reposado continente y voz solemne, aunque tranquila:

—Cuando se agrave mi enfermedad, te diré el nombre de la persona á quien debes entregar el oro; pero entre tanto es un secreto.

—Guardadlo, señor, largos años, repuso Octavio tristemente.

—Pocos meses lo guardaré. Adios, Gonzaga, No es este todavía mi último y cariñoso adios.

Octavio se dirijió á la puerta; D. Juan le detuvo de nuevo.

Mira, Octavio, continuó el príncipe: cualquiera que sea tu opinion respecto al paje *Aventurero*, respétalo como á mí mismo.

Gonzaga miró á D. Juan con estrañeza, se inclinó en señal de asentimiento, y salió de la tienda, abrumado de melancólicas ideas. Cuando se vió solo el austriaco, cayó en un sitial desfallecido, lanzó una mirada rencorosa sobre el cofrecillo, apoyó los codos en la mesa, en sus manos la frente, y se entregó á meditaciones profundas. En su mente calenturienta hervian las ideas, como hierven los betunes en un volcan, y chocaban, como las olas en las embravecidas mares. ¡Cuánto sufria el héroe de Lepanto!

Pasó mas de veinte minutos entregado á tan violentas convulsiones; pero alzó de improviso la cabeza, se pasó la mano por la frente, como para desterrar las nubes que su entendimiento oscurecian, y murmuró, siguiendo el hilo de sus anteriores ideas

—Imposible, imposible. Una mujer que tanto me ha amado, una mujer que tantas veces ha espuesto su vida por mí, que me sacrifica su honor... Octavio Gonzaga está loco: es verdad que Octavio no sabe que el paje y el *Aventurero*, el *Aventurero* son la encantadora María. El *Aventurero* era la mujer ofendida, la mujer sedienta de venganza. Reina Margarita, cuánto daño me ha causado tu seduccion. Has dado pábulo á la guerra, me has robado el amor de María. ¿Y todo por qué? porque me fascinaste, porque bebí una lágrima tuya. ¡Una lágrima tuya! Quizás tú lágrima encerraba todos los filtros de Catalina de Médicis: quizás el veneno que quitó la vida á Carlos IX, en la flor de la juventud, está carcomiendo mis entrañas. No, Margarita, tú has envenenado mi alma; mi corazon ha recibido un tósigo de los orangistas. ¿No pretendieron darme yerbas en la iglesia de Santa Gudula? Quizás la mano de Felipe de Marnis ha dirijido el golpe: quizás la mano de María ha ejecutado su voluntad. ¡Ella asesinarme, Dios mio! Mis sesos hierven, mi cráneo se rompe.... ¡Dios mio, tened misericordia de mí. Voy á morir; pero no quiero morir loco.

El príncipe inclinó la cabeza y quedó sumido en una especie de letargo, síntoma frecuente de su penosa enfermedad.

CAPÍTULO X.

LA FIEBRE.

Al rayar el alba todos los cabos de la hueste se encontraban en sus respectivos cuarteles: los coroneles y maestres de campo á la cabeza de sus tercios y coronelías, y los soldados en la mas correcta formacion. El austriaco, que parecia mas vigoroso y mas contento, se presentó armado de todas armas, y acompañado del príncipe de Parma, recorrió todos los cuarteles y arengó á todos los soldados por regimientos, tercios y banderas: tambien ecsaminó por sí mismo los aprestos para el ataque, y señalando á cada cuartel el puesto que ocupar debia, mandó al punto, que los gastadores se precipitaran en el foso, al abrigo de los brindajes, y que con los azadones y picos socavaran los hondos cimientos de los muros de la ciudad, hasta que, desplomándose en parte, presentaran cómoda brecha.

En tanto que los gastadores, protejidos por buen número de soldados, se daban prisa en su faena, los defensores de la plaza se presentaron en los muros, y arrojaron piedras, maderos encendidos, y cuanto podia paralizar una obra, que la cierta é inmediata ruina de la ciudad amenazaba: y no contentos los sitiados con esta especie de defensa, que no producia grande efecto por la solidez de los brindajes, se arrojaron tambien en el foso y empeñaron una ruda y sangrienta pelea. Mientras se lidiaba en el foso, desde los muros de la ciudad hacian disparos sobre los sitiadores; impidiéndoles de este modo ayudar á sus compañeros, que en grave peligro se encontraban, por la desigualdad del número y naturaleza del combate.

D. Juan habia dividido su ejército en cinco partes, destinadas á combatir los cinco baluartes que defendian á la ciudad. Mandaban la primera division, por haberlo así solicitado, Alejandro Farnesio; la segunda, Octavio Gonzaga; la tercera, el conde de Mansfeld; el conde de Mega la cuarta, y la quinta, compuesta de españoles, Cristóbal Mondragon, valiente entre los mas valientes de aquel ejército bizarro. El austriaco se reservaba, como era razon, el mando en jefe, acompañado de su guardia y de algunos nobles castellanos, muy afectos á su persona.

Recorria el príncipe sin tregua los varios puntos atacados, haciendo alarde entre las balas que se sepultaban á sus piés; y al presentarse frente al baluarte que debia atacar el conde de Mega, observó que los gastadores alemanes y soldados que los defendian acosados por los defensores de la plaza, se iban retirando del combate y que algunos de ellos habian abandonado el foso. Inmediatamente dió sus órdenes al conde de Mega, para que una compañía de piqueros avanzara al foso, y reforzara á los que estaban prócsimos á huir. El conde de Mega dió la órden; se adelantó la compañía; pero á un disparo de la plaza, retrocedió dejando en la esplanada algunos muertos y mayor número de heridos.

—¿Y son estos, dijo el austriaco al conde de Mega, son estos los alemanes que pedian entrar á saco la ciudad? ¡Vive Dios! que llevarán en adelante ruecas, pues no saben llevar espadas: y poniéndose al frente de su guardia añadió con un acento que imponia respeto y valor aumentaba:

—Enseñemos á los alemanes cómo se combate una plaza.

El príncipe, los nobles que le acompañaban y su guardia, atravesaron velozmente el espacio que los separaba del foso, y precipitándose en él, sin hacer caso de las piedras, maderos y proyectiles que abollaban sus armaduras, cayeron sobre los enemigos, como un tigre hambriento sobre un lobo que le resiste. Trabado el combate en el foso, pocos podian combatir de frente; y rechazado el enemigo, se batian en primera fila los nobles con el príncipe á la cabeza. Por órden de éste emprendieron los gastadores nuevamente la tarea, que acababan de interrumpir, mientras el austriaco mermaba las filas de los sitiados, que peleaban valerosamente en retirada, disputando á palmos el terreno.

En el foso de Philipeville, no era D. Juan el jefe impasible, que con el baston en la diestra arrollaba los desorganizados escuadrones en las llanuras de Gemblours; era un soldado, cuya espada rompia los acerados yelmos y las mejor templadas cotas, cayendo sobre los enemigos como la espada vengadora de los descendientes de Leví sobre los idólatras del desierto.

El valor de los defensores de Philipeville, aunque constante, no resistió por mucho tiempo al del príncipe, nobles y guardias, y retrocedieron á la ciudad, dejando en el foso varios cadáveres, heridos y algunos prisioneros. Vuelto el gobernador

al lugar que los gastadores ocupaban, dió nuevo impulso á los trabajos, dándoles tambien el ejemplo. Reducidos los defensores de Philipeville al recinto de sus murallas, arrojaban sobre los brindajes piedras de tamaña magnitud, que rompieron algunos de ellos, con muerte de los que debajo trabajaban. Este desastre atemorizó á los gastadores, y algunos intentaron dejar el foso, temiendo perecer lo mismo. El príncipe no estaba lejos y aplicó el remedio antes que el mal se hiciera grave y contagioso. Mandó á su guardia que rodeando á los trabajadores no permitiera la salida; y apoderándose de un pico, empezó á socavar el muro con un esfuerzo que su enfermedad no prometia.

El conde de Mega se inquietaba con la permanencia de D. Juan en puesto de tanto peligro, y los demás cabos estrañaban no verle recorrer sus huestes. Esta inquietud se fué propagando y produjo una grave alarma en el ejército. Procuraron adquirir noticias sobre el paradero del general, y despues de haber enviado emisarios á los diferentes cuarteles, supieron, con referencia al conde de Mega, el peligro á que estaba espuesto D. Juan, siempre entre el polvo de las ruinas y ante el hierro de los sitiados.

El príncipe de Parma y Gonzaga encargaron á sus segundos el mando de sus respectivos cuarteles, y se dirijieron al punto en que el príncipe trabajaba. Razones, instancias y ruegos emplearon Farnesio y Octavio sin conseguir apartar al príncipe de su temerario proyecto, y no pudiendo recabarlo, dijeron que no saldrian de allí si no les acompañaba S. A.

—Señores cabos, repuso D. Juan, os mando que volvais al punto á vuestros respectivos cuarteles, cumpliendo con vuestro deber.

—No saldremos de aquí, señor, sin que nos acompañe V. A., replicó el príncipe de Parma, contando con el parentesco y con el amor de su tio, mas que con el propio derecho de su compañero en el mando.

—Señores cabos, añadió el austriaco con una severidad estraña en su carácter bondadoso, os mando, como general, que volvais á vuestros cuarteles; y si vacilais un segundo, los mosqueteros de mi guardia cumplirán mis órdenes mejor que los generales de mi ejército. Cada cabo á su puesto, cada soldado á su tarea.

El mandato era terminante y la disciplina ecsijia que los cabos obedecieran: Farnesio y Gonzaga no osaron de nuevo replicar, y dejaron el foso para dirijirse á sus cuarteles, como lo mandaba el austriaco.

Ocupado seguia D. Juan de Austria en su trabajo de minero, y los sitiados en arrojar toda clase de proyectiles. Dos jóvenes, armado el uno y vestido de seda el otro, hablaron con el conde de Mega un instante, y se dirijieron al foso, sin retroceder ante una descarga que hicieron entonces los sitiados. Guarecidos bajo los brindajes, preguntó Gonzalo que era uno de ellos, al capitan de guardias de S. A., por el príncipe.

—Allí está, caballero Gonzalo, repuso el capitan al momento, señalando la entrada de una mina, harto profunda y peligrosa.

Los jóvenes se dirijieron á ella, y descubrieron al austriaco, trabajando con mas afan que los mas robustos gregarios.

—Señor, dijo Gonzalo al verlo en tono de reconvencion.

—¡Príncipe! esclamó tambien María, que con su vestido de hombre acompañaba al fiel Gonzalo en tan eminente peligro.

—¡Gonzalo! ¡María!.... esclamó el príncipe, interrumpiendo su faena y enjugándose las anchas gotas de sudor que se desprendian de su frente. ¡Gonzalo Enrique! ¿Qué buscais en este lugar?

—¿Qué haceis, señor? preguntó María sobrecojida y apenada.

—Llenar el oficio de soldado. Quizá será Philipeville la última ciudad que yo combata, y quiero enseñar á propios y estraños cómo ha de morir un valiente, cómo un general de Castilla.

—Dejad ese pico, señor, y abandonad este paraje, dijo la jóven.

Profundas arrugas se marcaron en la frente del general, y murmuró con amargura, llevándose las manos al pecho:

—Vendrá á presenciar mi agonía; á gozarse en mis convulsiones; á escuchar mi ronco estertor.

—Dejad ese pico, señor, y abandonad este paraje, repitió Gonzalo á su vez, garantido con la amistad que su señor le profesaba.

—Sigue tú, Gonzalo, mi ejemplo, respondió el príncipe á su paje, apartando los ojos de María, que añadió con solemne acento:

—No es este el puesto de un general, y por lo tanto no es el vuestro.

—Os he dicho que soy soldado, repuso el austriaco con frialdad.

María se acercó al oido del príncipe, y le dijo con inesplicable dulzura, con la dulzura que posee solo una mujer tiernamente amada:

—Sígueme, príncipe, por nuestro amor. Sígueme: lo quiero, D. Juan.

El austriaco lanzó á la jóven una mirada que queria leer en lo profundo de su alma, y viendo aquel rostro sereno, aquel aliento siempre igual y aquellos ojos que revelaban un amor lleno de pureza, tuvo que volver la cabeza para enjugar una ardiente lágrima que rodaba por su mejilla.

—¿Qué teneis, señor? preguntó la hermosa María viendo correr aquella lágrima.

En este momento arrojaron los defensores de Philipeville una piedra, que rompiendo el brindaje inmediato al en que el príncipe, María, y Gonzalo se guarecian, sepultó á algunos gastadores y soldados. Sobre los lamentos de los mutilados moribundos, alzó la voz del príncipe diciendo:

—¡Huye de este lugar, María! ¡Huye por el Dios que adoramos.

—Aquí morirémos los dos, respondió la jóven con voz firme, sobreponiéndose al terror que acababa de producirle aquella tristísima escena, y acercándose tanto á su amante, que ó habian de morir del mismo golpe, ó de quedar salvos los dos.

Desde que fueron rechazados los defensores de Philipeville, pensó Florineu, gobernador de la ciudad, en tratar de capitulaciones, y así lo propuso á los ciudadanos y á los capitanes de la valiente guarnicion. La prudencia de Florineu fué mirada por los ciudadanos como manifiesta traicion, y por los fogosos soldados como traicion y cobardía; sus palabras tuvieron por respuesta los mas insultantes denuestos, y declarándose tropa y ciudadanos en manifiesta sedicion, prendieron al gobernador, le encerraron en un calabozo, y se abalanzaron al muro. Lidiaron los primeros momentos con un temerario valor; pero notando que los muros se bamboleaban, y desesperando de recibir tan pronto socorro como la situacion requeria, decayeron un poco de ánimo, y sacaron de su prision á Florineu, pidiéndole entablara al momento negociaciones con el príncipe. Florineu aceptó el encargo, pidiendo al instante parlamento, y preparándose á salvar las vidas de los que lo habian maltratado con tan inhumano rigor.

—¿Tú morir, María, tú morir? decia el príncipe enagenado viendo el valor de una mujer tan delicada y tan hermosa. Huye de aquí; ¿no consideras que tu muerte causaria la de todos los defensores de esa desgraciada ciudad? ¿Que por cada gota de tu sangre me habian de dar toda la suya?

—Sígueme, por Dios, Don Juan, sígueme si no quieres verme morir.

—Apártate de aquí, María. Yo que desprecio los peligros cuando se trata de mi vida, estoy por la tuya temblando.

—Y yo, que tiemblo ante el peligro, tengo valor para salvarte ó para contigo perecer, repuso la hija del armero con heróica resolucion.

—¿Me amas otra vez como me amabas? preguntó Don Juan.

—Mas que nunca, dijo María estampando sus labios sobre el guantelete del príncipe.

—¿Lo has olvidado todo? volvió á preguntarla el austriaco.

—Todo, repuso la flamenca con la espresion de la verdad.

Huye, María, que estoy temblando como un niño, como un cobarde.

—Pues que te empeñas en morir, contigo Don Juan moriré.

Luchaba Don Juan entre su amor y la obligacion que se habia impuesto de ser á un tiempo general y el mas intrépido soldado, cuando notó con estrañeza que habian cesado los sitiados de hostilizar á sus formidables sitiadores. Iba el príncipe á preguntar la causa, pero llegó el conde de Mega.

—¿Qué buscais, conde en este sitio? le preguntó el austriaco severo, recordando la escena que habia tenido poco antes con Alejandro y con Gonzaga, y no queriendo repetirla en tan crítica situacion.

—Vengo á noticiar á V. A. que la plaza pide parlamento.

—¡No ha sido inútil mi fatiga! esclamó el príncipe alborozado. Y comunicando sus órdenes á los gastadores, salió del foso acompañado de su guardia, y llevando el formidable pico que habia manejado largo tiempo. María y Gonzalo le siguieron á corta distancia, satisfechos de ver al príncipe fuera del peligro y vencedor.

Suspensas las hostilidades, creyó Florineu conveniente desempeñar una mision tan importante y delicada por sí mismo, y precedido de un trompeta, se dirijió al cuartel de los españoles, en donde á la sazon ondeaba el estandarte de Don Juan.

Florineu, lejos de odiar al príncipe lo respetaba como á capitan y queria como á caballero: la discusion fué breve y franca, concertando que la ciudad no sufriria el menor vejámen respetándose al vecindario en sus haciendas y personas: que á los soldados que pasaran al campo del rey, pagaria el príncipe los tres meses de sueldo que les estaban debiendo los Estados; que ademas saldrian con todas sus armas, tambor batiente, bandera desplegada y demas honores militares: aparato fúnebre que se concede á las guarniciones briosas, pero que no deja de ser el entierro de la ciudad que ha sucumbido. Firmadas estas condiciones, besó Florineu la mano al príncipe, y se retiró para cumplirlas antes que cerrara la noche, y no mudaran los sitiados de parecer.

Los habitantes de Philipeville, que habian encarcelado horas antes á Florineu como traidor, salieron á su encuentro ansiosos y recibieron con alegría las condiciones que acababa de estipular. La guarnicion, que habia aherrojado á Florineu como á fementido y cobarde, salió tambien á recibirle, manifestó el mayor contento, se formó inmediatamente en columna, y con el gobernador á su cabeza, salió á cumplir las capitulaciones que en su favor se habian pactado. Mas de quinientos tomaron plaza en el ejército del príncipe; igual número se despidieron, la ciudad quedó por el rey, y el austriaco devolvió las llaves al gobernador Florineu.

Inmediatamente el ejército, con el príncipe á la cabeza, entró en la ciudad á prima noche, hallando las casas iluminadas y los habitantes en alegre traje de fiesta. El austriaco no gozaba casi de su triunfo, pues rendido de cansancio apenas le quedaba vigor bastante para regir su brioso corcel.

El gobernador recibió á D. Juan con los honores debidos á un príncipe y conquistador al mismo tiempo: le alojó en su casa, y, distribuyendo á los mas nobles capitanes en las principales de la ciudad, se manifestó cortés huésped quien se habia presentado horas antes formidable competidor.

Con dificultad recibió el príncipe los honores que le dispensaron; y aunque sufria terriblemente, presentaba el rostro sereno, dominando los agudos dolores, que no pudieron un momento sobreponerse á la fuerza de su voluntad. Entró en su cámara por fin, acompañado solamente del paje Gonzalo y de María, se desenlazó la celada, y se quitó al punto las manoplas.

—¿Estais fatigado, señor? preguntó Gonzalo cuidadoso.

—Sí, repuso el príncipe lanzando un profundo suspiro.

—¿Estais enfermo? añadió la jóven, con mas inquietud.

—Sí, María, dijo D. Juan de Austria dejándose caer sobre un sitial.

Temblaban los labios del príncipe al dar estas breves respuestas y sus ojos querian cerrarse. María lo contempló algunos segundos, se apoderó despues de su mano, contó los latidos de su pecho y esclamó lanzando un grito lastimoso:

—¡La fiebre!

María se cubrió el rostro con las manos, repitiendo con amargura:

—¡La fiebre! ¡La fiebre! ¡La fiebre!

CAPÍTULO XI.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Desde la toma de Nivela á la de Philipeville tuvo lugar un acontecimiento, que pudo ser considerado como la descubierta de un nuevo enemigo que iba á presentarse en el palenque. En el sitio de aquella primera ciudad, pidieron los regimientos franceses entrarla á saco; el príncipe se negó abiertamente; pero queriendo recompensarlos, les dió la propiedad de las armas que habia depuesto la guarnicion. Reunidas estaban aquellas en las casas consistoriales; los franceses entraron en tropel, y, disputándose el botin, trabaron tan cruda refriega, que mas de doscientos cadáveres atestiguaron la ferocidad de unos soldados codiciosos hasta un estremo que los hacia singularmente despreciables.

Poco satisfechos los franceses de no haber saqueado la ciudad, ó quizás llamados por Francisco, duque de Alenzon, que venia hácia Flandes, pidieron á D. Juan de Austria, que los despidiera del servicio. No creyó el príncipe conveniente mantener á sueldo del rey unos enemigos encubiertos, y los despidió como pedian. Mas, apenas salidos de Flandes, retrocedieron de improviso, y cayeron sobre el Haenault, como una bandada de cuervos sobre un campo sembrado de cadáveres, ó como una cuadrilla de salteadores sobre el indefenso viajero.

A contener tales demasías, partió el bravo Camilo del Monte, con algunas bandas de caballos; y tan buena maña se dió, que acuchilló á los invasores matándoles la mayor parte de su tropa, y obligando á los escasos restos á refugiarse en un castillo; el que no espugnó, por carecer de artillería y porque recibieron los sitiados un considerable refuerzo, superior en mucho á la hueste del intrépido Camilo del Monte.

Las fatigas que habia sufrido D. Juan de Austria en el sitio de Philipeville, agravaron su enfermedad; desarrollando aquella fiebre, que, segun los médicos, debia curarse con algunos dias de reposo, y segun María, mejor informada que los médicos, conducirlo mas ó menos pronto á la tumba en la flor de la juventud y en el apogeo de su gloria.

Instado el príncipe de sus amigos y principales cabos de la hueste, y hasta agriamente reprendido por su confesor, decidió retirarse á Namur, confiando el mando del ejército al invicto príncipe de Parma, y encargándole particularmente que pusiera sitio á Limburgo y que la espugnara sin descanso.

Gustosísimo aceptó Alejandro el supremo mando de la hueste, tanto para venir á las manos con Juan Casimiro, hermano del elector Palatino y general de sus ejércitos, como para borrar la falsa opinion, generalmente acreditada, de que el ejército del rey solo acometia fáciles empresas, temiendo venir á las manos con el de los Estados generales, y no osando acometer plazas bien artilladas y que pudieran ser medianamente defendidas. El austriaco partió á Namur, y Farnesio movió con su hueste, radiante de orgullo por mandar en jefe ejército tan numeroso.

Envió delante el príncipe de Parma á Gabriel Niño, alentado maestre de campo de los españoles, con siete banderas de arcabuceros animosos y veteranos: seguia despues Camilo del Monte con parte de la caballería, para que hiciera espalda á Niño cuando acometiera los arrabales de Limburgo. El 7 de Junio á media noche movió Alejandro con la restante infantería española y walona, quedándose el tercio de Fiomberg para convoyar diez gruesos cañones de batir.

Bien guarnicionada se encontraba la importante plaza de Limburgo, y viendo acercarse á Gabriel Niño, quiso defender sus arrabales, enviando contra los españoles crecida tropa de franceses, de escoceses y de alemanes. Niño acometió bizarramente á sus contrarios, y encerrándoles en el murado recinto de la plaza, se apoderó de sus arrabales con muchos víveres y ganados, presa importante para un ejército sitiador.

La desigualdad del terreno hacia dificil plantear el sitio; pero un hombre como Alejandro no encuentra jamás imposibles, y vence las dificultades que se agrupan en su alrededor, por mas enormes que parezcan.

Llegado el príncipe de Parma echó una mirada codiciosa á la ciudad, que como los antiguos castillos feudales dominaba todo el territorio. Ecsaminó Alejandro el terreno, é inmediatamente mandó abrir trincheras y formar terraplenes para colocar la artillería. Concluidos éstos escribió el príncipe una cortés carta á los sitiados, representándoles los derechos que á Felipe II asistian, las incomodidades de un sitio, y al mismo tiempo intimándoles la rendicion, y dándoles un corto plazo.

Recibieron la carta los sitiados; y, con intento de dilatar los rigores del enemigo, contestaron al mensajero que podia volver al dia siguiente, en el que de seguro tendria la mas terminante respuesta. Hízolo como lo ordenaron y obtuvo nuevo aplazamiento. Irritado el príncipe de Parma con tan cautelosa conducta, hizo subir á una colina las mayores piezas de batir, y mandó que jugaran al momento con grave perjuicio de los muros.

Los defensores de Limburgo no esperaban tan pronto estrago, y sobrecojidos de terror pidieron

treguas al momento: el príncipe se las negó, y de nuevo parlamentando, redujeron su peticion al breve plazo de una hora. No era el ánimo de Alejandro convertir en ruinas la ciudad y era moderada la ecsigencia: condescendió pues á la demanda, mandando callar la batería que tan graves daños causaba á los infelices sitiados.

En el momento de cesar respiraron los limburgueses, y procurando mover á clemencia á los irritados sitiadores, hicieron marchar sobre las ruinas del roto muro á crecida tropa de mujeres, con sus hijuelos en los brazos. Estas madres desconsoladas presentaban á los sitiadores las tiernas prendas de su amor, levantaban las manos hácia los soldados, que con juramentos y amenazas las aumentaban el terror, y solicitaban de rodillas conmiseracion, perdon y paz á nombre de los objetos mas sagrados.

Antes de cumplirse la hora, se presentaron á Farnesio los diputados de Limburgo, aunque se oponia á la rendicion el gobernador del castillo; y salvas las vidas y haciendas de los ciudadanos, la ciudad, batida sobre un escarpado peñasco, cuyas torres y baluartes de piedra viva, con solo dos puertas, auguraban una obstinada resistencia, y el castillo, de mármol y jaspe, se pusieron á merced del jóven vencedor, que así acreditaba sus dotes de sabio y valiente general.

A 16 de Junio hizo Alejandro su entrada triunfal en Limburgo, entre los aplausos de sus habitantes, que olvidando el terror pasado, se entregaban á una bulliciosa alegría. La guarnicion de la ciudad, compuesta de mas de mil hombres, tomó parte en la hueste del rey; y solamente el gobernador y su esposa, mujer de ánimo varonil, demostraron la cobardía de los ciudadanos de Limburgo, y sin aceptar ningun partido, fueron conducidos á Aquisgran por una tropa de españoles.

No fué Limburgo para Farnesio lo que para el cartaginés Cápua; el mismo dia que se posesionó de la ciudad destinó á varios jefes de su confianza para que fueran conquistando lo restante de la provincia. Todos los pueblos se entregaban sin hacer la menor resistencia, quedando esta temeridad ó gloria para el pueblecillo de Dalem. A él llegó Camilo del Monte, con carta del príncipe de Parma, exhortando á que volvieran, como debian, al servicio del rey. Los soldados de Holanda y Geuldres, que su castillo guarnecian, respondieron á Camilo del Monte con el estampido del cañon. Súpolo Farnesio, y admirado de la avilantez del lugarejo, llamó á Enrique Vienni y le dijo: *Id á Dalem, y haced que la artillería meta esta mi carta en el lugar.*

Partió Enrique con sus cañones, su coronelía de borgoñones y cuatro banderas de alemanes; y llegado, asestó la artillería contra el fuerte, que tan pertinaz como sus defensores, despedia las balas sin que hicieran mella en su muro. Irritados los borgoñones, tomaron entonces por su cuenta el asalto, y arrimando al muro las escalas, dieron principio á una refriega que, aunque sangrienta y porfiada, acabó por poner en sus manos el pueblecito y el castillo. Los soldados de Gueldres y Holanda perecieron miserablente, muriendo tambien muchos vecinos; pues precipitándose los soldados, como desbordado torrente, no perdonaban edad ni secso: saciando en todos su furor, y satisfaciendo en mas de un caso la hidrópica sed de su codicia.

El triunfo de las armas reales quedó manchado con un suceso, que, aunque frecuente, siempre infama á quien lo comete ó tolera. Una jóven de diez y seis años, hija del gobernador de la plaza, que habia perecido en el combate, se retiró al templo, como todas las demás mujeres. Su hermosura llamó la atencion de un borgoñon y un aleman, y ambos se precipitaron sobre ella, atormentándola al disputársela. Irritados los dos campeones estremaban mas su furor, y fuera de intento, ó por acaso, recibió la hermosa doncella una grave herida en el cuello. El otro que la codiciaba iba á vengar furioso el agravio, cuando acudiendo muchos en tropel y al querer huir la infeliz niña, porque ninguno lograse la presa que se le escapaba de las manos, descargó el homicida acero sobre la cabeza de la jóven, y aun hubiera repetido el golpe, á no impedirlo Pablo Rinalde, amigo del príncipe de Parma, que con la voz y acero á un tiempo, ahuyentó á los bárbaros; salvando á la inocente víctima que murió pocas horas despues en los brazos de su familia.

Feliz en estremo Alejandro, restituyó al rey en veinte dias toda la provincia de Limburgo. Territorio que ocuparon primero los suncios y los eburones; que estuvo regido largo tiempo por señores particulares; que el emperador Wenceslao erijió en ducado, y que habiendo muerto Enrique, último duque de Limburgo, Adolfo, conde de Berg, su heredero, vendió en 1280 á Juan I, duque de Brabante. Reinaldo II, duque de Gueldres, protestó contra esta venta, como hecha en su perjuicio; pero la confirmó diez años despues. Este país es conocido generalmente con el nombre de *País al otro lado del Mossa*, y sus diputados tomaron asiento en las asambleas de los Estados del Brabante. Solo tiene un sello y un canciller para sus dos provincias, y los privilegios se les han acordado en comun, como se muestra por los rescriptos del emperador Cárlos IV, en 1349; de Segismundo, en 1430; de Maximiliano I, en 1512; y de Cárlos V, en 1530. Felipe II, recibiendo el juramento de fidelidad de los diputados de las provincias de los Países-Bajos, despues de la abdicacion de su padre, recibió uno por lo perteneciente al territorio del Brabante, y el otro por el *País al otro lado del Mossa.*

Mientras recibia el príncipe de Parma las cumplidas felicitaciones del obispo de Lieja y duque de Julier, se inclinaban en la ciudad de Amberes el archiduque y los Estados á muy diferentes partidos, siguiendo el compás de bien encontrados sentimientos. Entristecidos y aterrados con la pérdida de Limburgo, se reanimaron de improviso, merced á un estraño rumor, al que dió motivo la publicacion de un libelo. Decia éste, que la pólvora depositada en el castillo de Limburgo, se habia incendiado, volando el castillo, y sepultando bajo sus rui-